

Revelar, rebelarse – de-velar

Algunas consideraciones problematizadoras provocadas por “Guatemala se re(v)belar”

Amílcar Dávila E.¹

Fecha de recepción: 29 de febrero, 2016

Fecha de aceptación: 28 de marzo, 2016

“Sobre el cuerpo se ha dicho mucho porque se puede decir mucho”, ha señalado el joven filósofo y poeta guatemalteco Ángel Orellana. Y aquí vamos de nuevo... Él lo dice en el contexto de una exploración grupal (AAVV 2014) sobre el cuerpo que lo revela como lenguaje, como discurso, uno que forma parte integral de una maquinaria de poder productivo —con mayor precisión, reproductivo —como quiera que sea, ya no solo represivo. Desnúdase, pues, el cuerpo como signo, símbolo y enunciado, como objeto o sujeto (en el fondo lo mismo), como elemento de un sistema o materia prima de un aparato de canalización y control de deseos al servicio del poder hegemónico —esto es, en Guatemala, de un capital oligárquico, «pigmentocrático», con ilusoria aspiración a blanquearse en más de un sentido. Desnúdase el cuerpo como artificio al servicio de un estatus quo que poco ha cambiado históricamente, menos aún con referencia a sus ideologías sobre el cuerpo.

Me pregunto si es indiferente que el cuerpo así develado se presente desnudo propiamente hablando. Creo que no. A la maquinaria que se desnuda en la investigación aludida parece importarle únicamente el desnudo parcial o hasta solo metonímico: el suficiente para determinar color de piel y sexo, y los brazos, sinécdoque por excelencia de la fuerza de trabajo.² Ciertamente no los brazos para abrazar en gesto cariñoso, empático, fraterno, que acerca otro cuerpo hasta la intimidad del calor y el humor o ánimo ahora compartidos. Ciertamente no los genitales, siempre ocultos o velados, incluso o hasta más encubiertos cuanto más se exhiben solo pornográficamente. Para nada tampoco el rostro que al ser visto fijamente fuerza a reconocer la mirada apropiadora, despojadora del yo, según cierta filosofía, e instaladora de un infinito autónomo en el centro mismo de la finitud propia, apropiada entonces por la visión como de transe extático hacia la otredad más extraña, no solo no alienante sino auténticamente liberadora.

¹ Doctor en filosofía y profesor en esa disciplina en la Universidad Rafael Landívar. Su especialización académica es la filosofía europea del siglo XX. Sus últimas investigaciones y publicaciones han abordado el pensamiento filosófico, el arte contemporáneo y la problemática del racismo en Guatemala.

² Otros desnudos permitidos y hasta exigidos en nuestra sociedad: los torsos de mareros capturados (por lo de los tatuajes que develan criminalidad) y las mujeres, por supuesto, que siempre mientras más muestren, mejor.

¿Qué sucede, entonces, si dentro del espacio del sistema social que sostiene y alimenta la maquinaria de control de los cuerpos y los deseos, del deseo de los cuerpos y de los cuerpos como deseos, se muestran completamente desnudos los cuerpos comunes y corrientes de profesionales, estudiantes y artistas; de mujeres, trans y hombres; de jóvenes, adultas, mayores; gordos, atléticos, delgados, bajos, altos; de amplia gama de colores de piel; con y sin tatuajes; en posturas y actitudes diversas; algunos en pareja hetero u homosexual; con y sin ropa, en desnudez voluntaria, convocada por un fotógrafo reconocido como artista y documentalista, quien también, por cierto, participa él mismo en esta suerte de retrato de desnudez puesta en común? ¿Qué es y qué puede significar semejante conjunto humano retratado en una esquina, cada quien en la suya, todas y todos en la misma, para luego ser expuesto en un centro cultural bien establecido y respetado dentro del mundo artístico y más allá?

El fotógrafo mismo ofrece una pauta para establecer la significancia de su proyecto. La cifra en dos palabras clave: revelación y rebelión. De hecho, propone un estrecho vínculo entre ambas, por lo que se trataría de una revelación rebelde, es decir, la revelación de cuerpos desnudos como acto de rebeldía. «Actos rebeldes» habría que decir porque son múltiples: desde varias personas y con variados significados. Sueltas o entrelazadas, son varias las luchas que pugnan por ser reveladas en tales cuerpos desnudos. Las hay de liberación personal respecto de temores, aspiraciones tramposas y débiles autoestimas administradas por la maquinaria de control y distribución de los deseos. Las hay también de postura deliberada contra el patriarcalismo heteronormativo y homofóbico. Hay, asimismo, retos al puritanismo hipócrita e incitaciones al resquebrajamiento de variados prejuicios y estereotipos.

Semejante diversidad de rebeliones precede y rebasa por mucho el contexto de las protestas ciudadanas del año pasado con que el artista-documentalista vincula explícitamente su proyecto. Sospecho que este conecta de manera más íntima con episodios en apariencia más recientes y breves, pero que develan crónicos males estructurales de nuestra sociedad. Me refiero, por un lado, al juicio por violencia sexual y esclavitud de mujeres quekchíes por parte de miembros del ejército de Guatemala, proceso denominado toponímicamente «Sepur Zarco» y, por otro lado, a la discusión sobre sexualidad y educación sexual dentro del marco del intento de aprobación de una fallida ley de juventud. El juicio mencionado vuelve a recordarnos el estado terrorista cuya primogenitura ostenta el estado actual, oligárquico, corporativo, de democracia meramente electoral. La discusión ya recurrente sobre la educación sexual de la juventud devela las insostenibles posturas ideológicas de ciertas élites simbólicas, algunas de ellas aliadas insospechadas solo en ese punto. Específicamente respecto del cuerpo, el juicio ha revisitado toda la crudeza disciplinar que el Estado guatemalteco ha ejercido sobre los cuerpos más vulnerables, el de las mujeres y las niñas mayas rurales. Por su parte, la discusión acerca de la información sexual revela, una vez más, la voluntad ensañada de ciertos sectores sociales privilegiados en contra del conocimiento y la educación en y para la libertad.

De manera que, si algo de rebelión esencial tienen en verdad las múltiples gestas de revelación rebelde antes señaladas, me parece importante develar su conspiración con las luchas encarnadas por las mujeres de Sepur Zarco, con las niñas violadas cotidianamente, con las madres que mueren por prevenibles complicaciones de parto, con la niñez crónicamente desnutrida, con la juventud que con todo y su desinformación científica (y una malinformación crónica) mantiene relaciones sexuales desde temprana edad —esto por nombrar solamente los más críticos lugares corporales de batalla de la lucha social. Solo en solidaridad íntima con la lucha por la liberación integral de los cuerpos, especialmente los más vulnerables, cobrarán aquellas gestas todo su sentido posible como partícipes de una rebelión y una revolución de la envergadura que necesita Guatemala desde hace tiempo. Como nos han enseñado las querellantes quekchíes, no es indispensable desnudarse o siquiera mostrar el rostro para dar la cara y rebelarse con efectividad contra la opresión patriarcal, el estado terrorista y el uso, abuso y desecho de los cuerpos por parte del orden establecido. Los perrajes con que velaban su rostro y cabeza son ahora más bien ícono de su lucha —la cual, por cierto, acaba de ganar una batalla crucial, si bien seguramente no la última.

Por su parte, estrictamente hablando, la exposición que nos ha convocado a reflexionar tampoco exhibe rostros y cuerpos, gestos y gestas... sino sus *fotografías*... “Esto no es una pipa”, espetó Magritte en el cuadro mismo en que pintó una pipa hace ya casi 90 años. Y ya que reparamos en lo obvio que no suele hacérsenos consciente, tampoco se trata de *todas* las fotografías tomadas, sino de una selección particular, desde una visión y un criterio particulares, los del autor. Daniel Hernández, por cierto, tiene un “cómplice de andanzas”, como creo haberles oído caracterizarse: Óscar Maldonado, antropólogo y biogeógrafo. Este último es el autor del texto que orienta y acompaña la exposición, y que, además de explicitar y contextualizar los propósitos del proyecto, también recoge, destiladas, conversaciones con modelos. El texto es clave para la revelación de la rebelión que se procura. Sin él la exposición puede ser tomada de maneras antojadizas —por ejemplo, como una galería de gente atrevida, traviesa o narcisista, o como oportunidad para los morbos más variados. En todo caso, no parece poder librarse, como ninguna obra puede, si perdura, del destino de devenir documento para posteridades inimaginables, lejanas o no tanto, que le entresacarán contenidos y mensajes imprevisibles.

De hecho, me temo que aun con el texto guía y con toda clase de presentaciones y discusiones mediáticas o académicas (como *esta*), igual se puede tomar desde ya el proyecto de muchas maneras. Gajes esenciales de lo humano que el arte solo magnifica y explota: los acontecimientos siempre rebalsan el imposible contenedor de sus significados. Ellos mismos, los acontecimientos, son múltiples en su más propia mismidad, la cual, entonces, resulta no ser tan propia y tampoco remite a una identidad estable, una esencia o un mensaje únicos. Una tal unicidad o univocidad no solo es imposible, sino además es solo imponible, resultando totalitaria en varios sentidos. Los postmodernos franceses, en particular Derrida, nos han recordado insistentemente que al principio era la diferencia. Así también —dicho sea de paso— dejan leerse textos cosmogónicos, como los del inicio del *Popol wuj*, que habla de diferentes poderes conformadores del universo, cuya base material coexiste con ellos. En primer lugar, entonces, está la diferencia del ser consigo «mismo» desde su originar. Luego

también —y aquí ya surge más explícitamente Heidegger como voz cantante— está la diferencia de la verdad comprendida como fundamento desfundado, como apertura que cierra, como desvelamiento que vela. Todo, por cierto, en un mismo momento, en un mismo movimiento. Porque no se trata de limitaciones o falibilidades epistemológicas o cortedades mentales, sino de la naturaleza misma de los eventos, que no se dan de un solo y para siempre, sino de-vienen —es decir, en cierto sentido vienen en camino— y por ello ofrecen siempre necesariamente diferentes rostros y significados diferidos, que es lo que hace inevitable e inagotable (también agotadora) la tarea de la interpretación.

En tanto evento, el que nos convoca no puede escapar de esta dinámica. Y como suele suceder con lo sociopolítico, su intención explícita —revelar los cuerpos como rebelión— resulta ser menos una afirmación inequívoca que una propuesta, una provocación, una convocatoria. En ello no ha estado solo este proyecto en el ámbito artístico el último año. Más o menos en el momento en que se estaba fraguando, se llevaba a cabo en otro espacio, La casa, una exposición colectiva de fotografías, dibujos y videos de desnudos, “(a)normal” (julio-agosto 2015), que ofrecía imágenes cuestionadoras del orden sociopolítico impuesto a los cuerpos, enfatizando la multiplicidad y el desdibujamiento de los géneros, sus supuestos roles y comportamientos esperados.³ Este año, recién ha concluido una muestra de fotografías de Cecilia Cóbar, “El que encuentra una flor” (La casa, enero-febrero 2016), en la cual se explora y exhibe el cuerpo masculino, literalmente parte por parte, en interesante intimidad cuasi-voyerista. Cada cual desde su esquina y con distintos énfasis, estos dos eventos y el que ahora nos convoca conjuran revelaciones rebeldes de los cuerpos. Que estas en efecto se den, se estén dando o vayan a darse depende no solo de las exposiciones como proyectos, de sus autores o de sus cómplices (quienes curan, colaboran, patrocinan o promocionan), sino también del público asistente, de sus percepciones y comprensiones, de sus discusiones y reflexiones, pero sobre todo de sus prácticas, de si llegamos verdaderamente a revisar y cambiar nuestra manera de relacionarnos individual, familiar, grupal o socialmente como cuerpo, y como cuerpo político, si podemos transfigurar los cuerpos domesticados, estigmatizados, producidos y utilizados desde la represión o la gerencia de los deseos hasta que encarnen y propicien cuerpos libres de velaciones y vejaciones, cuerpos autónomos, sanos, con sus propios conceptos y vivencias de la fuerza y la potencia, de la armonía y la belleza, del deseo, del placer, de la ternura, de la intimidad, del amor, de la solidaridad...

A ello nos impele cada cuerpo desde su esquina, como evoca la metáfora de las fotografías de Daniel —esquina que no arrincona sino proyecta, facilitando la interpelación, casi saltándole entonces al encuentro a quien quiere ver detenidamente, a quien quiere verse y quiere ver el cuerpo social de otra manera, en toda su desnudez, que no es solo la que tiene delante o la suya propia.

Referencias bibliográficas

AAVV (2014). *Sexo y raza*. Guatemala: AVANCSO.

³ Artistas: Cecilia Porras, Édgar Navarro, Juan Pensamiento, Eny Hernández y Nadia Granados. Curador: Bernardo Euler.